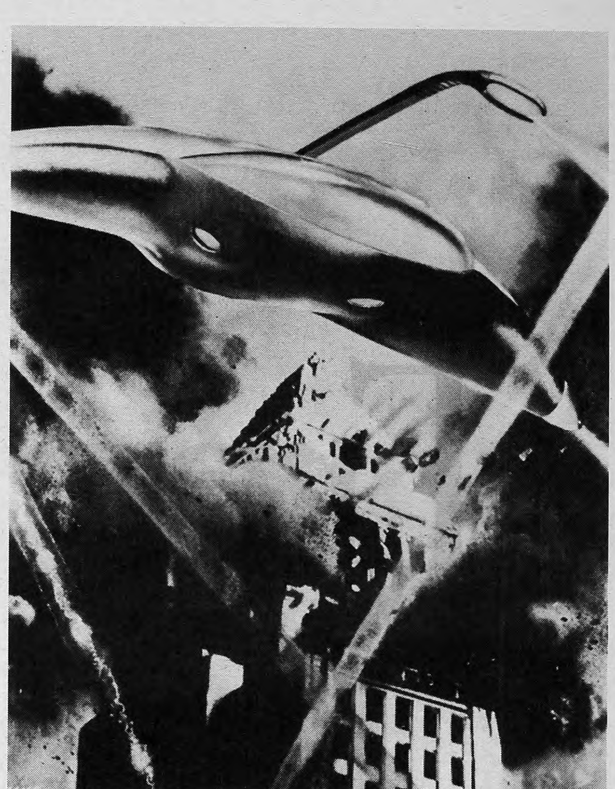
La otra amenaza roja



Marcianos anticuados: *The War of the Worlds* (1954).

POR RODRIGO FRESÁN

Marte ya no es lo que era. En un principio –gracias a Wells y a Welles– el planeta rojo era el sitio desde el que siempre venían los malos con ganas de dominarnos. Más tarde, a la altura de las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, Marte adquirió un aire lírico y elegíaco con los marcianos como raza agonizante resistiendo hasta el final los avances de los invasores en los que nos habíamos convertido primero para, enseguida, convertirnos en los nuevos marcianos.

Sucesivas expediciones mecánicas han ido erosionando su encanto a medida que se iba acumulando evidencia de que Marte estaba tan muerto como la Luna y así sólo queda la parodia nostálgica de Tim Burton en *Mars Attacks!* y el desinterés cada vez peor disimulado de la NASA por el cascote rojo y por el público en general en cuanto a lo que alguna vez se denominó "carrera espacial". Todo parece indicar que si hay alguien por ahí a ese alguien no le interesamos demasiado (contrario a lo sostenido por Brian De Palma en su última y pésima película) y que la prioridad uno es encontrar más lugar para nosotros en lugar de lugares con lugareños.

Aun así, entusiastas de la cohetería como Arthur C. Clarke no pierden la ilusión e insisten en los pros de darnos una vueltita por ahí: "En 1971 calculé el primer aterrizaje en Marte para 1994; ahora tendríamos suerte si lo conseguimos en el 2010... En el 2003 será lanzado el Surveyor, el robot de la NASA, y un par de años después enviará su primera muestra del planeta rojo de regreso a la Tierra y en una década más, los aviones aeroespaciales entrarán en servicio y el príncipe Harry se convertirá en el primer miembro de la familia real en volar por el espacio y para el 2021 los primeros humanos llegarán a Marte y...".

Gracias Arthur y bienvenido Kim.

El norteamericano Kim Stanley Robinson (1952) se documentó bien, muy bien, antes de sentarse a escribir su galardonada trilogía marciana –*Marte Rojo, Marte Verde* y *Marte Azul*, complementada por el volumen de relatos *Los marcianos*– para ofrecernos lo que acaso puede ser considerado uno de los mejores y más detallados ejemplos no de ciencia ficción sino de novela histórica futura. En sus libros, Marte es el escenario extraterrestre donde a lo largo de doscientos años se desarrollan y se ponen en juego pasiones decididamente terrestres.

En las páginas que siguen se ofrecen las introducciones a los tres volúmenes marcianos de Kim Stanley Robinson.

Buen viaje.

Tres postale


Colona con jet-lag: *The Angry Red Planet* (1960).

POR KIM STANLEY ROBINSON

Rojo

Marte estaba vacío antes de que llegáramos. Esto no significa que nunca hubiera sucedido nada. El planeta había conocido dilataciones, fusiones, perturbaciones, y al fin se había enfriado, dejando una superficie marcada por inmensas cicatrices geológicas: cráteres, cañones, volcanes. Pero todo eso ocurrió en la inconciencia mineral, sin que nadie lo observara. No hubo testigos, excepto nosotros, que mirábamos desde el planeta vecino, y eso sólo en el último momento de una larga historia. Marte no ha tenido nunca otra conciencia que nosotros.

Ahora todo el mundo conoce la influencia de Marte en la cultura humana: para las generaciones de la prehistoria era una de las luces principales del cielo, a causa de su color rojo y de las fluctuaciones de su luz, y por cómo retrasaba su curso errante entre las estrellas, y a veces incluso lo invertía. Parecía que con todo aquello quisiera decir algo. Así pues, no sorprende que los nombres más antiguos de Marte pesen de un modo peculiar en la lengua: Nirgal, Mangala, Auqakuh, Harmakis. *Suenan como si fueran aún más viejos que las lenguas antiguas en las que los encontramos, como si fueran palabras fósiles de la Edad de Hielo o anteriores. Sí, durante miles de años Marte tuvo un poder sagrado para los humanos; y su color lo convirtió en un poder amenazante, ya que representaba la ira, la sangre, la guerra y el corazón.*

Luego los primeros telescopios nos dieron una imagen más próxima, y vimos el pequeño disco anaranjado de polos blancos y manchas oscuras, que se expandían y se contraían junto con las largas estaciones. Ningún avance en la tecnología del telescopio nos dio mucho más: pero las imágenes captadas desde la Tierra bastaron a Lowell para inspirarle una historia, la historia que todos conocemos, la de un mundo agonizante y un pueblo heroico, que construía canales desesperadamente para contener la última y mortal invasión del desierto.

Era una gran historia. Pero luego las sondas Mariner y Viking enviaron sus fotografías, y todo cambió. Nuestro conocimiento de Marte se multiplicó, literalmente supimos millones de veces más sobre este planeta. Y ahí ante nosotros apareció un mundo nuevo, un mundo insospechado.

Sin embargo, parecía un mundo sin vida. Se buscaron señales de vida marciana pasada o presente, desde microbios hasta constructores de canales, o incluso visitantes alienígenas. Como todos saben, nunca se ha encontrado una sola prueba. Y, así, las historias han florecido de manera natural para llenar el vacío, igual que en el tiempo de Lowell, o de Homero, o como en las cuevas o en la sabana... historias de microfósiles destruidos por nuestros bioorganismos, de ruinas encontradas en medio de las tormentas de polvo y luego perdidas para siempre, de un gigante y

> Vinimos a Marte desde la Tie
> purificación. Era más fácil co
> una libertad de acción que nu
> surgía la oportunidad de expr
> mos. Y actuamos. Estamos cre

sus aventuras, de un pueblo de pequeños y esquivos seres rojos, siempre vislumbrados fugazmente de soslayo. Y todas esas historias se hilvanan en un intento por dar vida a Marte, o por traerlo a la vida. Porque todavía somos esos animales que sobrevivieron a la Edad de Hielo, y contemplaban el cielo nocturno maravillados, y contaban historias. Y Marte jamás ha dejado de ser aquello que fue para nosotros desde el principio mismo: una

Tres postales marcianas



Colona con jet-lag: *The Angry Red Planet* (1960).

POR KIM STANLEY ROBINSON

Rojo

Marte estaba vacío antes de que llegáramos. Esto no significa que nunca hubiera sucedido nada. El planeta había conocido dilataciones, fusiones, perturbaciones, y al fin se había enfriado, dejando una superficie marcada por inmensas cicatrices geológicas: cráteres, cañones, volcanes. Pero todo eso ocurrió en la inconciencia mineral, sin que nadie lo observara. No hubo testigos, excepto nosotros, que mirábamos desde el planeta vecino, y eso sólo en el último momento de una larga historia. Marte no ha tenido nunca otra conciencia que nosotros.

Ahora todo el mundo conoce la influencia de Marte en la cultura humana: para las generaciones de la prehistoria era una de las luces principales del cielo, a causa de su color rojo y de las fluctuaciones de su luz, y por cómo retrasaba su curso errante entre las estrellas, y a veces incluso lo invertía. Parecía que con todo aquello quisiera decir algo. Así pues, no sorprende que los nombres más antiguos de Marte pesen de un modo peculiar en la lengua: Nirgal, Mangala, Auqakuh, Harmakis. *Suenan como si fueran aún más viejos que las lenguas antiguas en las que los encontramos, como si fueran palabras fósiles de la Edad de Hielo o anteriores. Sí, durante miles de años Marte tuvo un poder sagrado para los humanos; y su color lo convirtió en un poder amenazante, ya que representaba la ira, la sangre, la guerra y el corazón.*

Luego los primeros telescopios nos dieron una imagen más próxima, y vimos el pequeño disco anaranjado de polos blancos y manchas oscuras, que se expandían y se contraían junto con las largas estaciones. Ningún avance en la tecnología del telescopio nos dio mucho más: pero las imágenes captadas desde la Tierra bastaron a Lowell para inspirarle una historia, la historia que todos conocemos, la de un mundo agonizante y un pueblo heroico, que construía canales desesperadamente para contener la última y mortal invasión del desierto.

Era una gran historia. Pero luego las sondas Mariner y Viking enviaron sus fotografías, y todo cambió. Nuestro conocimiento de Marte se multiplicó, literalmente supimos millones de veces más sobre este planeta. Y ahí ante nosotros apareció un mundo nuevo, un mundo insospechado.

Sin embargo, parecía un mundo sin vida. Se buscaron señales de vida marciana pasada o presente, desde microbios hasta constructores de canales, o incluso visitantes alienígenas. Como todos saben, nunca se ha encontrado una sola prueba. Y, así, las historias han florecido de manera natural para llenar el vacío, igual que en el tiempo de Lowell, o de Homero, o como en las cuevas o en la sabana... historias de microfósiles destruidos por nuestros bioorganismos, de ruinas encontradas en medio de las tormentas de polvo y luego perdidas para siempre, de un gigante y sus aventuras, de un pueblo de pequeños y esquivos seres rojos, siempre vislumbrados fugazmente de soslayo. Y todas esas historias se hilvanan en un intento por dar vida a Marte, o por traerlo a la vida. Porque todavía somos esos animales que sobrevivieron a la Edad de Hielo, y contemplaban el cielo nocturno maravillados, y contaban historias. Y Marte jamás ha dejado de ser aquello que fue para nosotros desde el principio mismo: una gran señal, un gran símbolo, un gran poder.

Y entonces llegamos aquí. Había sido un poder; ahora se convirtió en un lugar.

> Vinimos a Marte desde la Tierra, y ese pasaje supuso una cierta purificación. Era más fácil comprender las cosas, gozábamos de una libertad de acción que nunca antes habíamos tenido, surgía la oportunidad de expresar lo mejor de nosotros mismos. Y actuamos. Estamos creando una forma de vida mejor.

Verde

La cuestión no es crear otra Tierra, ni otra Alaska u otro Tibet, ni un nuevo Vermont o una nueva Venecia, ni siquiera otra Antártida. La cuestión es crear algo nuevo y extraño, algo marciano.

En cierto modo, nuestras intenciones tampoco importan. Aunque tratásemos de crear otra Siberia u otro Sahara, no lo conseguiríamos. La evolución no lo permitiría, y en esencia éste es un proceso evolutivo, un empeño que escapa a la intención, como cuando la vida saltó milagrosamente de la materia, o cuando se arrastró de los mares a la tierra firme.

Luchamos otra vez en la matriz de un mundo nuevo, esta vez en verdad alienígena. A pesar de los grandes glaciares que las gigantescas inundaciones de 2061 dejaron atrás, éste es un mundo muy árido; a pesar de que se está creando una incipiente atmósfera, el aire es aún muy tenue; a pesar de todos los métodos para generar calor, la temperatura media todavía está muy por debajo del punto de congelación. Estas condiciones hacen que la supervivencia sea extremadamente difícil. Pero la vida es resistente y adaptable, es la fuerza verde de la viriditas que se agita en el universo. En la década que siguió a las catástrofes de 2061, la población se esforzó por reconstruir las cosas y salir adelante en las cúpulas resquebrajadas y las tiendas rasgadas, y la labor de formación de una nueva sociedad continuó en nuestros refugios ocultos. Y en el exterior, sobre la fría superficie del planeta, proliferaron nuevas plantas, que cubrieron los flancos de los glaciares y las cuencas templadas con una marea lenta e inexorable.

Naturalmente, todos los modelos genéticos de nuestra nueva biota son terranos, y también las mentes que los diseñan, pero el suelo es marciano. Y el suelo es un poderoso ingeniero genético: determina qué florece y qué no, provocando una progresiva diferenciación, y por tanto la evolución de nuevas especies. Y a medida que se suceden las generaciones, todos los miembros de una biosfera evolucionan juntos, se adaptan al terreno mediante una compleja respuesta común, la capacidad creativa del autodiseño. Este proceso, no importa cuánto intervengamos en él, es en esencia incontrolable. Los genes mutan, las criaturas evolucionan: una nueva biosfera emerge, y con ella una nueva noosfera. Y al fin la mente de los diseñadores, igual que todo lo demás, ha cambiado para siempre.

Este es el proceso de areoformación.

Azul

Marte es libre ahora. Estamos solos. Nadie nos dice lo que tenemos que hacer.

Era Ann quien hablaba, de pie en la parte delantera del vagón.

Pero es muy fácil volver a caer en las viejas pautas de comportamiento. Acabas con una jerarquía y otra surge para ocupar su lugar. Tendremos que estar en guardia para evitar que eso ocurra, porque siempre habrá quien intente crear otra Tierra. La areofanía ha de ser continua, una lucha eterna. Ahora más que nunca debemos intentar definir qué significa ser marciano.

Sus oyentes, hundidos en los asientos, contemplaban a través de las ventanas el terreno que dejaban atrás con rapidez. Estaban cansados, tenían los ojos irritados. Rojos de ojos enrojecidos. En la cruda luz del amanecer todo semejaba nuevo: la tierra barrida por el viento aparecía desnuda, salvo allí donde la maleza y los guijarros cubiertos de liquen ponían mantos de color caqui. Habían expulsado de Marte a los poderes terrestres; una larga campaña, coronada por meses de frenética actividad, y estaban agotados.

Vinimos a Marte desde la Tierra, y ese pasaje supuso una cierta purificación. Era más fácil comprender las cosas, gozábamos de una libertad de acción que nunca antes habíamos tenido, surgía la oportunidad de expresar lo mejor de nosotros mismos. Y actuamos. Estamos creando una forma de vida mejor.

> Ahora todo el mundo conoce la influencia de Marte en la cultura humana: para las generaciones de la prehistoria era una de las luces principales del cielo, a causa de su color rojo y de las fluctuaciones de su luz, y por cómo retrasaba su curso errante entre las estrellas, y a veces incluso lo invertía.

Ese era el mito, todos habían crecido con él. Y en ese momento, mientras Ann volvía a narrarlo, los jóvenes marcianos la miraron sin verla. Ellos habían diseñado la revolución; lucharon a lo largo y ancho de Marte y empujaron a la policía terrana hacia Burroughs; después inundaron la ciudad y persiguieron a los terranos hasta Sheffield, en la cima de Pavonis Mons. Aún tenían que forzar al enemigo a abandonar Sheffield, subir por el cable espacial y regresar a la Tierra; aún quedaba mucho por hacer. Pero con la exitosa evacuación de Burroughs habían logrado una gran victoria, y algunos de los rostros inexpresivos que miraban a Ann o el paisaje parecían querer un respiro, un momento para saborear el triunfo. Estaban exhaustos.

Hiroko nos ayudará, dijo un hombre joven, rompiendo el silencio de la levitación del tren.

Ann negó con la cabeza. Hiroko es una verde, dijo, la primera verde.

Hiroko inventó la areofanía, replicó el joven nativo. Esa es su principal preocupación: Marte. Ella nos ayudará, lo sé. La encontré y me lo dijo.

Sólo que está muerta, dijo alguien.

Otro silencio. El mundo discurría debajo de ellos.

Al fin, una joven alta se puso de pie, avanzó por el pasillo y abrazó a Ann. El hechizo se había roto; abandonaron las palabras, se levantaron y se agruparon en la parte frontal del vagón, alrededor de Ann, y la abrazaron o le estrecharon la mano... o simplemente la tocaron. Ann Clayborne, la mujer que les había enseñado a amar a Marte, la misma que los había guiado en la lucha para independizarse de la Tierra. Y aunque los ojos enrojecidos de la mujer seguían contemplando fijamente la castigada extensión rocosa del Macizo de Tyrrhena, sonreía. Les devolvía los abrazos, estrechaba las manos, se empinaba para tocar las caras. Todo irá bien, dijo. Conseguiremos que Marte sea libre. Y ellos dijeron sí, y se felicitaron unos a otros. A Sheffield, exclamaron. A terminar el trabajo. Marte nos enseñará cómo hacerlo.

Sólo que ella no está muerta, objetó el hombre joven. La vi el mes pasado en Arcadia. Aparecerá de nuevo. Aparecerá en algún lugar.

s marcianas

gran señal, un gran símbolo, un gran poder. Y entonces llegamos aquí. Había sido un poder; ahora se convirtió en un lugar.

Verde

La cuestión no es crear otra Tierra, ni otra Alaska u otro Tibet, ni un nuevo Vermont o una nueva Venecia, ni siquiera otra Antártida. La cuestión es crear algo nuevo y extraño, algo marciano.

a, y ese pasaje supuso una cierta
prender las cosas, gozábamos de
ca antes habíamos tenido,
ar lo mejor de nosotros mis-
ndo una forma de vida mejor.

En cierto modo, nuestras intenciones tampoco importan. Aunque tratásemos de crear otra Siberia u otro Sahara, no lo conseguiríamos. La evolución no lo permitiría, y en esencia éste es un proceso evolutivo, un empeño que escapa a la intención, como cuando la vida saltó milagrosamente de la materia, o cuando se arrastró de los mares a la tierra firme.

Luchamos otra vez en la matriz de un mundo nuevo, esta vez en verdad alienígena. A pesar de los grandes glaciares que las gigantescas inundaciones de 2061 dejaron atrás, éste es un mundo muy árido; a pesar de que se está creando una incipiente atmósfera, el aire es aún muy tenue; a pesar de todos los métodos para generar calor, la temperatura media todavía está muy por debajo del punto de congelación. Estas condiciones hacen que la supervivencia sea extremadamente difícil. Pero la vida es resistente y adaptable, es la fuerza verde de la viriditas que se agita en el universo. En la década que siguió a las catástrofes de 2061, la población se esforzó por reconstruir las cosas y salir adelante en las cúpulas resquebrajadas y las tiendas rasgadas, y la labor de formación de una nueva sociedad continuó en nuestros refugios ocultos. Y en el exterior, sobre la fría superficie del planeta, proliferaron nuevas plantas, que cubrieron los flancos de los glaciares y las cuencas templadas con una marea lenta e inexorable.

Naturalmente, todos los modelos genéticos de nuestra nueva biota son terranos, y también las mentes que los diseñan, pero el suelo es marciano. Y el suelo es un poderoso ingeniero genético: determina qué florece y qué no, provocando una progresiva diferenciación, y por tanto la evolución de nuevas especies. Y a medida que se suceden las generaciones, todos los miembros de una biosfera evolucionan juntos, se adaptan al terreno mediante una compleja respuesta común, la capacidad creativa del autodiseño. Este proceso, no importa cuánto intervengamos en él, es en esencia incontrolable. Los genes mutan, las criaturas evolucionan: una nueva biosfera emerge, y con ella una nueva noosfera. Y al fin la mente de los diseñadores, igual que todo lo demás, ha cambiado para siempre.

Este es el proceso de areoformación.

Azul

Marte es libre ahora. Estamos solos. Nadie nos dice lo que tenemos que hacer.

Era Ann quien hablaba, de pie en la parte delantera del vagón.

Pero es muy fácil volver a caer en las viejas pautas de comportamiento. Acabas con una jerarquía y otra surge para ocupar su lugar. Tendremos que estar en guardia para evitar que eso ocurra, porque siempre habrá quien intente crear otra Tierra. La areofanía ha de ser continua, una lucha eterna. Ahora más que nunca debemos intentar definir qué significa ser marciano.

Sus oyentes, hundidos en los asientos, contemplaban a través de las ventanas el terreno que dejaban atrás con rapidez. Estaban cansados, tenían los ojos irritados. Rojos de ojos enrojecidos. En la cruda luz del amanecer todo semejaba nuevo: la tierra barrida por el viento aparecía desnuda, salvo allí donde la maleza y los guijarros cubiertos de liquen ponían mantos de color caqui. Habían expulsado de Marte a los poderes terrestres; una larga campaña, coronada por meses de frenética actividad, y estaban agotados.

Vinimos a Marte desde la Tierra, y ese pasaje supuso una cierta purificación. Era más fácil comprender las cosas, gozábamos de una libertad de acción que nunca antes habíamos tenido, surgía la oportunidad de expresar lo mejor de nosotros mismos. Y actuamos. Estamos creando una forma de vida mejor.

Ese era el mito, todos habían crecido con él. Y en ese momento, mientras Ann volvía a narrarlo, los jóvenes marcianos la miraron sin verla. Ellos habían diseñado la revolución; lucharon a lo largo y ancho de Marte y empujaron a la policía terrana hacia Burroughs; después inundaron la ciudad y persiguieron a los terranos hasta Sheffield, en la cima de Pavonis Mons. Aún tenían que forzar al enemigo a abandonar Sheffield, subir por el cable espacial y regresar a la Tierra; aún quedaba mucho por hacer. Pero con la exitosa evacuación de Burroughs habían logrado una gran victoria, y algunos de los rostros inexpresivos que miraban a Ann o el paisaje parecían querer un respiro, un momento para saborear el triunfo. Estaban exhaustos.

Hiroko nos ayudará, dijo un hombre joven, rompiendo el silencio de la levitación del tren.

Ann negó con la cabeza. Hiroko es una verde, dijo, la primera verde.

Hiroko inventó la areofanía, replicó el joven nativo. Esa es su principal preocupación: Marte. Ella nos ayudará, lo sé. La encontré y me lo dijo.

Sólo que está muerta, dijo alguien.

Otro silencio. El mundo discurría debajo de ellos.

Al fin, una joven alta se puso de pie, avanzó por el pasillo y abrazó a Ann. El hechizo se había roto; abandonaron las palabras, se levantaron y se agruparon en la parte frontal del vagón, alrededor de Ann, y la abrazaron o le estrecharon la mano... o simplemente la tocaron. Ann Clayborne, la mujer que les había enseñado a amar a Marte, la misma que los había guiado en la lucha para independizarse de la Tierra. Y aunque los ojos enrojecidos de la mujer seguían contemplando fijamente la castigada extensión rocosa del Macizo de Tyrrhena, sonreía. Les devolvía los abrazos, estrechaba las manos, se empinaba

Ahora todo el mundo conoce la influencia de Marte en la cultura humana: para las generaciones de la prehistoria era una de las luces principales del cielo, a causa de su color rojo y de las fluctuaciones de su luz, y por cómo retrasaba su curso errante entre las estrellas, y a veces incluso lo invertía.

para tocar las caras. Todo irá bien, dijo. Conseguiremos que Marte sea libre. Y ellos dijeron sí, y se felicitaron unos a otros. A Sheffield, exclamaron. A terminar el trabajo. Marte nos enseñará cómo hacerlo.

Sólo que ella no está muerta, objetó el hombre joven. La vi el mes pasado en Arcadia. Aparecerá de nuevo. Aparecerá en algún lugar.

23

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1											
2											
3											
4											
5											
6											
7											
8											
9											
10											
11											

HORIZONTALES

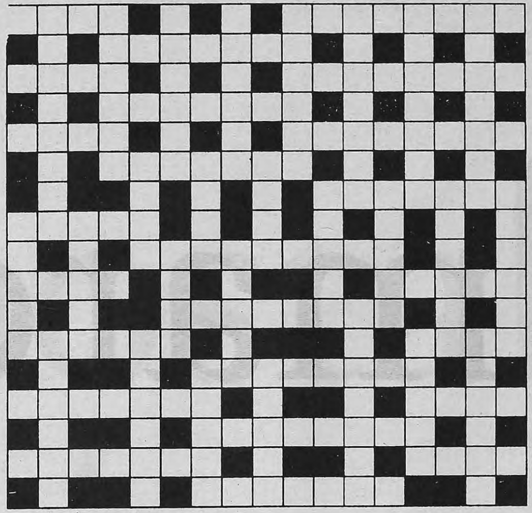
1. Interjección empleada para llamar la atención./ Tipo de pelo muy rizado.
2. Mellizas.
3. Símbolo del actinio./ Perforar./ Especie de perezoso.
4. Orinal grande y alto./ Animal africano de piel amarillenta rayada de negro.
5. Prefijo: junto a./ Relación escrita de lo tratado en una junta (pl.)./ Símbolo del arsénico.
6. Prefijo: separación./ Actualmente, ahora./ Abreviatura de centímetros cúbicos.
7. Semejante (fem.).
8. Unidad de luminancia./ Cabeza de ganado./ Se desploma.
9. (León) Famoso escritor norteamericano, autor de "Exodo"./ (Franco) Actor y director del cine italiano.
10. Nota musical./ Contribución pequeña./ Iniciales del pintor argentino Pettoruti.
11. Ministerio de Relaciones Exteriores./ Compañía discográfica.

VERTICALES

1. Formaba eras./ Ata, amarra.
2. Adjetivo para designar, separadamente, una o varias cosas./ International Refugees Organization, organización de protección de refugiados.
3. Iniciales del actor Gould./ Derribé.
4. Movía, balanceaba./ Hermana religiosa.
5. Ensuciar una cosa./ Primera consonante.
6. Contracción./ Provincia de España.
7. Criados./ Iniciales del actor Costello.
8. Gran extensión de agua salada (pl.)./ Nombre bíblico.
9. Osmio./ Perseguí a un animal.
10. Licor de Oriente./ Removí la tierra con el arado.
11. Apodo./ Rey de Egipto de la IV dinastía que construyó la Gran Pirámide.

CRUZEX

Acomode las palabras de la lista en el diagrama, de manera que se crucen correctamente.



4 Letras	5 Letras	6 Letras	7 Letras	8 Letras
Bada	Alelí	Anotar	Camambú	Aceitoso
Elan	Algas	Canadá	Encerro	Arcángel
Emir	Búhos	Esmero	Existir	Brigadas
Ente	Chato	Fresca	Imitaré	Coroides
Gris	Creer	Menaje	Noruega	Detracta
Inca	Elige	Obraje	Realeza	Handicap
Lyon	Enojo	Rufián	Refutan	Nefritis
Ocho	Esopo	Suenen	Seducir	
Opus	Iones	Trufas	Suspiro	**9 Letras**
Oval	Tripa	Urales	Tenorio	Rencorosa
Zopo			Toscana	

CURIOSAS ASOCIACIONES

Hemos recibido unas gacetillas en las que algunas asociaciones sin fines de lucro nos comunican sus actividades. Deduzca a qué se dedican.

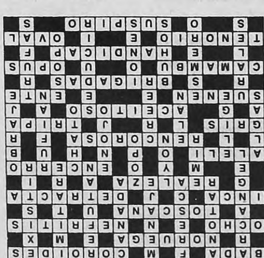
1. Los de "El lagarto ..." se dedican al juego de pelota mientras que los de Valencia crearon su asociación para mantener y exaltar las cualidades de la paella.
2. "El sapo y la garza" no funciona en Oviedo.
3. El nombre de la asociación de músicos tiene algo que ver con la espada.
4. Los malagueños invocan al mar.
5. Los zaragozanos no eligieron usar sueño, rosa o fuerza para denominar su asociación poética.
6. Ningún nombre combina sueño y rosa.

EL	Y LA	DE	PARA

		Y LA: Espada	Fuerza	Garza	Rosa	DE: Málaga	Oviedo	Valencia	Zaragoza	PARA: Música	Paella	Pelota	Poesía
EL	Lagarto												
EL	Mar												
EL	Sapo												
EL	Sueño												
PARA	Música												
PARA	Paella												
PARA	Pelota												
PARA	Poesía												
DE	Málaga												
DE	Oviedo												
DE	Valencia												
DE	Zaragoza												

SOLUCIONES

CRUZEX



23



CURIOSAS ASOCIACIONES

"El lagarto y la rosa", Oviedo, pelota.
"El mar y la espada", Málaga, música.
"El sapo y la garza", Zaragoza, poesía.
"El sueño y la fuerza", Valencia, paella.